

# Murchas, en el corazón del Valle



**Eduardo M. Ortega Martín.**

Desde Nigüelas parte el sendero de Gran Recorrido o GR-7 hacia la localidad de Murchas, que forma parte del municipio de Lecrín y es el corazón del Valle de Lecrín.

Bajamos por el camino de Murchas hacia el Río Torrente y enfrente dejamos al pueblo de Acequias colgado en medio de su balcón, y nos mira atentamente. Más abajo se encuentran las fuentes, lugar donde mana abundante agua y en otro tiempo iban las mujeres con bestias de carga a lavar y enjuagar la ropa. A lo lejos divisamos el Castillo de Lojuela o de Alauuxa es una pequeña fortaleza de época musulmana situado sobre un cerro, en la margen izquierda del río Dúrcal, a unos 500 metros de la localidad de Murchas, antaño denominada Mulchas.

Cabe destacar la acequia de los Arcos, esta acequia riega la vega de Melegís; su gestión y mantenimiento corresponde a una comunidad de regantes de Melegís. La acequia nace en el río Dúrcal dentro del término municipal de Cónchar. También los Arcos están en Cónchar, cerca de "los Peñones Negros" que marcan el límite del término de Cónchar, muy cerca del castillo de Murchas. En los alrededores de este castillo se han encontrado monedas romanas. Y la acequia que debió ser en otro tiempo muy importante, conserva los restos de un acueducto romano.

La Iglesia Parroquial o del Salvador fue edificada a final del siglo XVI, y es de carácter Mudéjar, lo que realza la anti-

güedad de este asentamiento que hoy no llega a los 300 habitantes.

No podemos dejar de sentirnos enamorados de este singular paisaje pleno y espléndido vergel de naranjos, limoneros y olivos, donde el agua se desliza y canta en las acequias, y donde el río Torrente pasa y sueña con fundirse y abrazarse a su hermano gemelo el río Dúrcal.

localidad cercana de Melegís.

A la caída de la tarde este pequeño pueblecito que mira a la sierra, duerme en el silencio, y sus vecinos salen a las puertas de las casas como antaño a hablar. En este bello pueblo todo el mundo se conoce, y todo el mundo sabe quién es quién. La vida transcurre en medio de este humilde edén, plácida y tranquila, a excepción de la irrupción repentina

mos con todo lo que se mueve y digamos, ¡eureka!, el pequeño pueblo del valle canta embravecido, al compás de las aguas unas veces tímidas, otras caudalosos del río que nace en la Rinconada Nigueleña, y que es un claro punto de contradicción paradójica. Lo cierto es que a veces es río, y otras un torrente lleno de aguas bravas por las innumerables crecidas de las

¿Por qué se han ido perdiendo en parte estas costumbres de siempre por otras mas consumistas y chabacanas?... Murchas resurge del pasado como el Ave Fénix de sus cenizas, y nos hace pensar que no hay sólo localidad, sino pueblo, que no sólo hay una comunidad ciudadana, sino auténticos vecinos, que no sólo hay una vega fecunda de cítricos, sino un claro y transparente, rico vergel de naranjos y limoneros. Por todo ello henchidos de alegría, volvemos a escuchar y a sentir las historias del pasado, a recordar las horas y el recuerdo, y entonces nos invade en medio de esa paz, pustinia de silencios, ese soroche a medias encadenado, prendido y pleno de flores de azahar, la nostalgia. Un canto de vida y esperanza a este valle dormido en las faldas de la sierra madre, que nos mira de manera atenta, y nos envuelve y vigila. Allá a lo lejos en mitad de la plaza los niños del valle cantan una canción de corro, con el castillo al fondo que nos divisa cuál vigía y gritan a coro: "Yo tengo un castillo matarilerilerile, yo tengo un castillo matarilerilón", o esta otra de juegos con palmadas: "Antón carolina mató a su mujer, la metió en un saco, la llevó a moler. El molinero dice, esto no es harina, esta es la mujer de Antón carolina"... Y mientras tanto cae muda la tarde y Murchas con el corazón de guijarros plácidamente duerme.



El Valle es bello y espléndido, es a la vez un canto al corazón, y una invitación a la reflexión y el descanso. Los colores de los almendros albueros que a lo lejos destacan en el horizonte, y la vega de Murchas se alza muda, callada silenciosa, en medio del canturreo de sus acequias hacia la

de sus fiestas en enero que transforman en bullicio al pueblo por unos días. Desde aquí hagamos un alto en el camino, y reconozcamos la puesta en valor de nuestros ancestros, de nuestros queridos pueblos del valle, alcemos la vista, y quedémonos pensativos, interroguemos al paisaje, dialogue-

primeras lluvias y tormentas del final del verano.

Todavía recuerdo los tiempos de antaño cuando en los pueblos del Valle se hacían al calor de la hoguera los chicharrones, se tostaban garbanzos, se farfollaba el maíz, o se hacían las rosetas de siempre que se acompañaban al mosto.